

Los Andes septentrionales: caminos, paisajes y prácticas viajeras en la mirada artística y geográfica de Ferdinand Bellermann (1844-1845)

Johnny V. Barrios-Barrios 

Resumen

En este artículo se problematiza la temática de los caminos andinos desde una perspectiva metodológica cualitativa, aplicando técnicas de investigación documental y asumiendo un enfoque de geografía histórica y cultural; revalorando los diarios de viaje y la obra artística del pintor alemán Ferdinand Bellermann (1814-1889) como fuentes para los estudios andinos. La investigación muestra testimonios y prácticas presentes en los escritos, dibujos y pinturas realizadas por el artista, productos culturales de una época portadores de emociones y formas de percibir lugares y regiones en un contexto complejo que estimula una mirada geográfica. La práctica viajera de Bellermann se aborda reconociendo la articulación del viaje con el conocimiento cartográfico y geográfico del periodo en estudio, sobre todo con el de Agustín Codazzi, lo cual se evidencia en el viaje que emprende a los Andes entre 1844-1845. El interés por los caminos y las imágenes artísticas elaborados por los viajeros permite una aproximación a la región andina decimonónica, así como un acercamiento al proceso territorial de identificación y apropiación de esta, en el marco de un paisaje de montaña que fue adquiriendo visibilidad y conexión en el acople de una nación que buscaba conocer e imaginar su espacio geográfico.

Palabras clave: América del Sur, historia, país andino, paisaje, viaje.

Ideas destacadas: artículo de investigación histórica donde se considera cómo los caminos, las prácticas viajeras y la construcción de paisajes fueron condición ineludible en la producción de un discurso geográfico que describía y buscaba representar una imagen de los Andes en el marco del mosaico regional venezolano a mediados del siglo XIX.



RECIBIDO: 5 DE ENERO DE 2024. | EVALUADO: 20 DE ENERO DE 2024. | ACEPTADO: 01 DE ABRIL DE 2024.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Barrios-Barrios, Johnny V. 2024. "Los Andes septentrionales: caminos, paisajes y prácticas viajeras en la mirada artística y geográfica de Ferdinand Bellermann (1844-1845)". *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 33 (2): 296-311. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v33n2.113505>.

✉ Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela. ✉ epulahistoria@gmail.com – ORCID: 0000-0002-6666-4243.

✉ Correspondencia: Johnny V. Barrios-Barrios, Universidad de Los Andes. Facultad de Humanidades y Educación, núcleo La Liria, edificio B. PB. Mérida-Venezuela. Código postal 5101.

The Northern Andes: Roads, Landscapes and Traveling Practices in the Artistic and Geographical View of Ferdinand Bellermann (1844-1845)

Abstract

This article problematizes the theme of Andean roads from a qualitative methodological perspective, applying documentary research techniques and assuming a historical and cultural geography approach; revaluing the travel diaries and artistic work of the German painter Ferdinand Bellermann (1814-1889) as sources for Andean studies. The research shows testimonies and practices present in the writings, drawings and paintings made by the artist, cultural products of a time that carry emotions and ways of perceiving places and regions in a complex context that stimulates a geographical perspective. Bellermann's traveling practice is approached recognizing the articulation of the trip with the cartographic and geographical knowledge of the period under study, especially with that of Agustín Codazzi; evidenced in the trip he undertook to the Andes between 1844-1845. The interest in the roads and the artistic images created by travelers allows an approach to the nineteenth-century Andean region, as well as an approach to the territorial process of identification and appropriation of it, within the framework of a mountain landscape that was acquiring visibility. and connection in the coupling of a nation that sought to know and imagine its geographical space.

Keywords: South America, history, Andean country, landscape, travel.

Highlights: historical research article that considers how roads, travel practices and the construction of landscapes were an unavoidable condition in the production of a geographical discourse that described and sought to represent an image of the Andes within the framework of the Venezuelan regional mosaic mid-19th century.

O norte dos Andes: estradas, paisagens e práticas de viagem na visão artística e geográfica de Ferdinand Bellermann (1844-1845)

Resumo

Este artigo problematiza o tema das estradas andinas desde uma perspectiva metodológica qualitativa, aplicando técnicas de pesquisa documental e assumindo uma abordagem geográfica histórica e cultural; revalorizando os diários de viagem e a obra artística do pintor alemão Ferdinand Bellermann (1814-1889) como fontes para os estudos andinos. A pesquisa mostra testemunhos e práticas presentes nos escritos, desenhos e pinturas realizados pelo artista, produtos culturais de uma época que carrega emoções e formas de perceber lugares e regiões num contexto complexo que estimula uma perspectiva geográfica. Aborda-se a prática itinerante de Bellermann reconhecendo a articulação da viagem com o conhecimento cartográfico e geográfico do período em estudo, especialmente com o de Agustín Codazzi; evidenciado na viagem que fez aos Andes entre 1844-1845. O interesse pelas estradas e pelas imagens artísticas criadas pelos viajantes permite uma abordagem à região andina oitocentista, bem como uma abordagem ao processo territorial de identificação e apropriação da mesma, no quadro de uma paisagem montanhosa que ia adquirindo visibilidade. e conexão no acoplamento de uma nação que buscava conhecer e imaginar seu espaço geográfico.

Palavras-chave: América do Sul, história, país andino, paisagem, viagem.

Ideias destacadas: artigo de pesquisa histórica que considera como as estradas, as práticas de viagem e a construção de paisagens foram uma condição inevitável na produção de um discurso geográfico que descreveu e procurou representar uma imagem dos Andes no quadro do mosaico regional médio venezuelano - século 19.

Introducción

Inmediatamente después de Escuque se pasa una quebrada y se comienza a subir bastante alto; hay una bella vista de Escuque que más tarde se extiende hasta Valera, un panorama que considero entre los más bellos que he visto y que Codazzi menciona detalladamente en su Resumen de la Geografía de Venezuela.

F. K. Bellermann, 1844

Al seguir las huellas del viajero y pintor alemán Ferdinand Bellermann (1814-1889), este artículo problematiza la temática de los caminos andinos desde una perspectiva metodológica cualitativa, con un enfoque de geografía histórica y cultural, revalorando los aspectos que este viajero observó, describió y relató en su viaje a los Andes venezolanos. La investigación explora los testimonios presentes en los diarios, dibujos y pinturas realizados por el mencionado autor, identificados como productos culturales portadores de emociones y formas de percibir espacios y regiones alejadas, delineando partes de la formación de la imagen geográfica de los Andes en el siglo XIX, en el marco de una nación fragmentada en busca de unidad.

Como se puede inferir, abordar la situación de Venezuela tras la disolución de la “Gran Colombia” (1819-1831) abre la posibilidad de subrayar los primeros intentos por establecer los límites y las coordenadas geográficas de la naciente república, registrar la multiplicidad de espacios colindantes y dar cuenta de la belleza real y simbólica del paisaje (Cunill 2007). Asimismo, permite reconocer el espectáculo natural del país y los desafíos de la geografía histórica en relación con los Andes (Cunill 2014).

El proceso de articulación territorial del siglo XIX implicó la construcción de imágenes y una descripción de los paisajes con el fin de dar contenido real a la idea de nación, autorizando una indagación al interior del territorio para reconocer sus particularidades y las expresiones culturales de los pueblos que se diseminaban por el territorio venezolano, lo que mostró una realidad por momentos disgregada luego del colapso del orden colonial y el intento fallido de una nueva nación que abarcara desde Caracas hasta Quito. Por consiguiente, desde la década de los treinta, los distintos contextos regionales comenzaron un lento proceso de acercamiento, composición y relacionamiento dentro de una articulación lógica a pesar de sus diferencias; aspectos que a los ojos de los forjadores del país constituían lo nacional. La nación aún no conocía su propia geografía, no al menos desde el nuevo régimen republicano, por lo que se hizo

necesario recurrir a hombres como el militar, geógrafo y viajero italiano Agustín Codazzi (1793-1859), instruido en el reconocimiento territorial (Codazzi 1960).

Así, los espacios fragmentados de ese país embrionario fueron mostrándose al mundo como partes de una unidad geográfica en potencia, hendida por una hidrografía casi mítica y articulada desde el discurso como una construcción imaginaria; un mosaico irresoluto que entretejía los contextos caribeño, atlántico, llanero, amazónico y andino, revelados en una cartografía oficial (Codazzi 1960). Junto a las aportaciones de Codazzi, los viajes emprendidos por el territorio durante el siglo XIX dieron forma a una imagen geográfica del país que integró áreas sometidas a una lejanía que obstaculizaba su afianzamiento nacional, su vinculación al Estado y a las geografías universales (Cuevas 2009). Sin duda, los viajeros fueron testigos oculares de la historia del país durante toda la etapa decimonónica, aportando datos y valores particulares de los territorios (Texera 1994).

Las obras del geógrafo italiano jugaron un papel fundamental en el reconocimiento geográfico venezolano, ya que implicó comprender, pensar y valorar el territorio como una unidad integrada y proyectada en el tiempo, a pesar de sus diferencias naturales y culturales. El autor puso el acento en el potencial de las provincias y sus posibilidades futuras. A través de sus obras: *Atlas físico y político de la República de Venezuela* (1840); *Mapa político de la República de Venezuela* (1840) y *Resumen de la geografía de Venezuela* (1841) (Fundación Polar 1998), se puede observar cómo en el rumbo del proyecto republicano se circunscribió de manera perentoria un aspecto obligatorio para la formación de la venezolanidad.

La cartografía oficial hizo posible que los pasos de los viajeros europeos estuvieran mejor orientados y alcanzaran un mayor grado de certidumbre en su recorrido; tal fue el caso de los alemanes, quienes se adentraron en zonas menos conocidas de la geografía nacional (Rodríguez 1999). Al conocer el trabajo del italiano, muchos viajeros se hicieron de un trabajo que estimuló aún más su afán por comprender un espacio natural que estaba en franco diálogo con las prácticas humanas. Como hemos señalado en trabajos anteriores (Barrios-Barrios 2015), artistas como Bellermann dejaron registros valiosos entre los que se cuentan los testimonios pictóricos (Galería de Arte Nacional 1991), los cuales constituyen la materialización de lo percibido en sus recorridos por la geografía delineada previamente por Codazzi y los denominados “fundadores de nuestra geografía”: Humboldt y Montenegro Colón (Venegas 1973, 11).

Acompañado de un conjunto de narraciones, el trabajo de representación pictórica de Bellermann se fortalece en sus diarios e ilustraciones en grafito referidas a los lugares de tránsito y destino; escenarios donde destacan los caminos de recuas. Lo visto y experimentado desde la costa hasta las cumbres nevadas de Mérida toma así una densidad espacial significativa. Los aportes del viajero alemán, entendidos como fuentes y recursos documentales de significativo valor histórico, geográfico y cultural, permiten escudriñar el complejo siglo XIX y el espacio venezolano desde otras miradas (Pino y Calzadilla 1992).

Proveniente de Hamburgo y aguijoneado por el propio Humboldt y su obra (Humboldt 1942), Bellermann visitó el país en 1842, y en 1844-1845 viajó a la “parte alpina de Venezuela”. Su visión de pintor se puso en práctica sobre zonas desconocidas para él, examinando lugares, olores, colores y formas dentro del contexto americano con un manifiesto interés cultural (Barrios-Barrios 2015). En ese desplazamiento, las imágenes que recogió a su paso permiten observar formas y matices a partir de un ejercicio agudo de percepción, así como una valoración de lo andino frente a otras expresiones geoculturales del país. Este hecho abre la posibilidad de identificar en su obra un contraste paisajístico entre esta región y el resto de Venezuela (Löschner 1977).

Desde su mirada alemana, se pone de manifiesto un contrapunto: destaca, por un lado, la exuberancia del paisaje de montaña, su riqueza natural y cultural; por otro, la carencia de la vida material de la región en comparación con los referentes civilizatorios europeos a los que pertenece. El pintor recoge, a través de sus diarios y representaciones artísticas, aspectos coloniales y republicanos cobijados por marcos pródigos de vegetación tropical; amalgamados, entre otros, por un componente fundamental presente como paradigma de la época: la exaltación romántica de la Naturaleza.

En tal sentido, al estudiar los caminos de las provincias de Mérida y Trujillo como componentes del escenario septentrional andino a través de los pliegos, dibujos y expresiones paisajísticas de Bellermann, es posible articular el valor, la sensibilidad y la proximidad del viaje con las ideas geográficas de la época (Cunill 1978). Esto exige poner atención a dos aspectos claves: (i) reconocer el valor de los caminos, redes fluviales, lacustres y marítimas como vías de comunicación que posibilitaron un cambio de relaciones de poder entre centros y periferias, y (ii) estudiar cómo los espacios ignotos pasaron gradualmente a formar parte de la imagen del país, aspectos incluidos en un conjunto de testimonios visuales

que alcanzan hoy la categoría de documentos históricos (Burke 2001). Estos últimos son útiles para comprender la idea geográfica de una nación que comenzaba a tejer su propia geografía nacional a partir de sus provincias.

En este estudio se subrayan los aspectos relacionados con los caminos a los Andes venezolanos tomando la ruta norte-sur, recorridos por el artista en su tránsito de Caracas a Maracaibo, entrando por el lago de Maracaibo hasta alcanzar el Puerto de la Ceiba; y de allí, a lomo de animales, emprendiendo su ascenso a las tierras altas del occidente venezolano con el objetivo de alcanzar la ciudad de Mérida (Barrios-Barrios 2017). A esto se suma un examen de su experiencia geográfica en los Andes, mostrando, junto a la travesía, su percepción de las rutas y el relieve del terreno, así como un escrutinio acerca de la región andina, lo que estimula una interpretación del valor de sus diarios como testimonios. Se pone el acento en la mirada que hace al respecto de las montañas nevadas, elemento distintivo en la representación de esta parte de la cordillera y que resulta de interés para una geografía cultural que pregunta por la conversión de fenómenos naturales en símbolos emblemáticos de un territorio (Bonnemaison 2000). En suma, se destaca la porosidad y dialogismo que estos registros establecen con el conocimiento geográfico del siglo XIX.

En tal sentido, al reconocer el valor que suponía la ruta de ascenso a los Andes, antecedida por los relatos que la referían como una región coronada por la nieve, es posible observar las percepciones sobre esta parte de país y su lugar en el territorio nacional, así como inspeccionar aspectos relacionados con las visiones geohistóricas creadas a partir de las cualidades de Venezuela como un país diverso (Vila 1991). En el marco de la representación cartográfica y pictórica, resulta imperativo estudiar el alcance de la geografía codazziana, abriendo un diálogo donde quede clara la influencia de la geografía fundacional de la nación y sus epígonos; reconociendo, además, que el paso de los viajeros decimonónicos por Venezuela representa una forma de acceso a los paisajes reales e imaginarios de la época, donde la mirada alemana se hace, sin lugar a dudas, protagonista (Rodríguez 2000).

Camino a los Andes venezolanos

Durante el siglo XIX los viajes en barco, a lomo de animales y por caminos escabrosos fueron habituales. En los Andes venezolanos, los antiguos caminos de herradura, heredados de la colonia, predominaron como rutas cardinales para el desplazamiento de viajeros, peregrinos,

autoridades, misioneros, comerciantes y tropas, quienes emprendían largas travesías desde los puertos lacustres hasta las aldeas, poblados y ciudades cercanos a la cordillera. Si bien muchos de estos caminos fueron desapareciendo a causa del desarrollo de medios de transporte más modernos y efectivos, aún se conservan evidencias de su trazado debido a su importancia dentro del proceso de integración, lo que hace de las vías de comunicación un tema de carácter histórico ineludible.

En la aspiración por inspeccionar esta travesía, es obligatorio subrayar las implicaciones que tuvo para mediados del siglo XIX dejar la capital y dirigirse a los territorios andinos por las vías conocidas: caminos de recua, navegación marítima por las costas occidentales y navegación fluvial por el lago de Maracaibo, hasta acceder al pie de monte andino (Cardozo 1992), lugar donde los viajeros comenzaban a abrirse paso entre las intrincadas montañas, articulando su mirada a curiosidades de tipo geográfico (alturas, temperaturas, vegetación y suelos). Esta era una práctica que demandaba del viajero una tributación sudorosa, una fortaleza física óptima y esfuerzo de los animales domesticados, no solo con el fin de llegar al punto de destino, sino para merecer la vista de los pueblos serranos y ciudades de montaña. Cabe acotar que, si había una mirada educada en la observación, esa era la de los viajeros, quienes, cultivados en el romanticismo, se detenían a mirar y registrar lo visto en pro de la emoción que implicaba ver otra geografía, otros paisajes.

Las imágenes elaboradas por artistas como Bellermann, constituyen fuentes impregnadas por lo sensorial, ya que encierran la intención por captar lo geográfico desde lo sensible. A pesar de estar ajustadas a sus referentes europeos, recogen un valor estético y gráfico de lo visto en su ascensión desde las bajas tierras tropicales hasta las prominentes montañas, reconociendo en estas últimas su belleza. Como escriben algunos autores: “la montaña ha sido y es fundamentalmente cultura, en su interior, en sus usos, en su aprecio y en su capacidad de sugestión, inspiración y producción artística y científica” (Martínez de Pisón 2018, 85).

Estas imágenes proporcionan información sobre las manifestaciones de la vida natural y la cultura de las poblaciones dentro de la configuración de los paisajes que se forjan en el contexto de la modernidad (Guerrero 2009, 17); un hecho que será ratificado más adelante por otros viajeros como Cristian Anton Goering, quien sumará otras referencias viajeras acerca de lo “bello” del paisaje y el valor iconográfico de lo andino venezolano (Goering 1962; Cuevas 2009).

Para comprender la hondura de este hecho, se debe considerar que desde los primeros años de la república el tema de los caminos fue siempre objeto de análisis gubernamental debido a su precariedad. La puesta en funcionamiento de vías de comunicación cada vez más expeditas para el desarrollo de los viajes comerciales que permitieran el intercambio y la circulación de objetos y personas fue un tema importante, debido a que la ubicación acarrea un aislamiento evidente y un obstáculo en la búsqueda de la cohesión nacional. Como escribió Eduardo Arcila Farías: “hasta el año de 1845 no disponía Venezuela de una vía que pudiera en propiedad llamársela carretera” (Arcila Farías 1974, 24).

Sin embargo, las provincias andinas alcanzaron un grado significativo de intercambio con el Caribe por la ventaja que les proporcionaba el lago de Maracaibo, así como con Colombia a través del área fronteriza, alrededor de la cual se desarrollaron importantes contactos comerciales. Con el tiempo, se llegó a consolidar un vínculo entre los centros de producción y acopio de rubros producidos en las regiones altas con los puertos lacustres, el cual se extendió hasta los puertos marítimos del Caribe. La antigua vialidad marcó el curso de los circuitos económicos heredados de la Colonia y reconfigurados como parte del espacio alto andino.

Tanto la provincia de Trujillo como la de Mérida fortalecieron sus circuitos económicos con Maracaibo aprovechando el factor geográfico y el mutuo interés comercial. La salida natural de los Andes hacia al mar Caribe fue delineada aumentando la capacidad comercial y el potencial agrícola. Las dimensiones del lago, que superan los 13.000 km², posibilitaron una salida despejada y segura de los rubros andinos al mundo.

El mercado de Maracaibo era visitado por estadounidenses, daneses, ingleses, franceses, alemanes y holandeses, quienes se interesaban por los productos de exportación que llegaban al puerto marabino. Este intercambio comercial por tierra y agua favorecía las regiones andinas y llaneras. Claro está, la distancia y el tiempo de viaje podían variar considerando las condiciones atmosféricas, ya que con un buen clima las recuas que bajaban de las montañas podían alcanzar en un tiempo prudencial, aunque con dificultad, los puertos lacustres. De esta manera, se iba fortaleciendo una ruta para los viajes comerciales, fomentando el intercambio cultural con el mundo a través del posicionamiento estratégico y natural de un lago que favorecía las conexiones, la formación de redes y los flujos con las vertientes andinas (Figura 1).

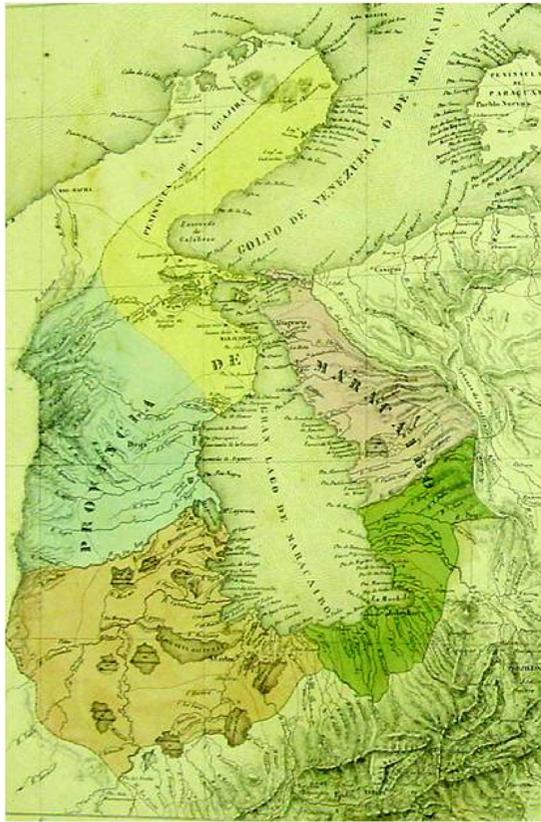


Figura 1. Provincia de Maracaibo.
Fuente: Codazzi (1840).

En consecuencia, sobre una realidad geográfica diversa, intrincada y repleta de obstáculos, se logró constituir de manera progresiva una red de caminos que, aunados a las ventajas de la navegación y al uso de animales como el caballo, la mula y el asno, permitieron sortear la adversidad de un ambiente natural exigente, así como activar nuevos espacios económicos. Siguiendo las referencias en la obra de Codazzi, examinadas en su momento por Bellermann, la provincia andina de Trujillo llegó a tener un comercio abierto con la provincia marabina, intercambiando productos como cacao, café, conservas y azúcar. De vuelta recibía mercancía de todo tipo, incluyendo sal y licores. Los trujillanos comerciaban por su parte con Guanare y Barinas, enviando productos como café, menestras, azúcar, papelón (o panela) y harina, recibiendo ganado, arroz y en ocasiones el apreciado cacao. A su vez, de lugares como Carora y el Tocuyo recibían productos de talabartería, así como zapatos y jabón, bien apreciados por los trujillanos, llevando al retorno café, cueros, reses y mulas, entre otros productos (Codazzi 1960, 480).

En relación con Mérida, Codazzi señaló que el principal comercio se hacía con Maracaibo, circulando mercancías

secas, licores y la tan apreciada sal, lo que significaba una vasta variedad de productos. Igualmente, para esta dinámica comercial se contaba con los ríos Escalante y La Grita. Asimismo, alcanzando el camino de Escuque, se llevaban por tierra algunos rubros de interés. El comercio de la provincia de Barinas se llegó a hacer con la propia capital provincial y con Pedraza. Mérida enviaba harina, sal, ajos, papas, cebollas y arvejas; extraía ganado, el cual se podía intercambiar en los valles de Cúcuta por otras mercancías secas, haciendo extensivo este comercio a los llanos meridionales y el Apure (Codazzi 1960, 495).

Es así como los caminos vinieron a ocupar un papel preponderante en el desarrollo de los Andes venezolanos, al alcanzar una innegable cobertura y fortalecer el relacionamiento con ciudades y poblados vecinos, lo que evidencia además una relación sierra-pie de monte andino, montaña-llano y lago-montaña de la cual dará cuenta el viajero italiano a través de su trabajo geográfico y Bellermann en su diario de ida y vuelta de Caracas a Mérida. La cartografía de la época permitió hacerse de una imagen de los circuitos económicos predominantes, detectar el relativo aislamiento interno y las condiciones de las vías, condición especial para la integración y articulación de los Andes con las otras localidades; este hecho revaloriza las descripciones y representaciones viajeras como objeto de interés para una geografía económica y de la circulación.

El viaje de F. Bellermann: vivencias y percepciones

El primer trayecto de Bellermann con destino a los Andes fue La Guaira-Maracaibo. En 1844 decidió dar curso a su expedición rumbo al occidente venezolano. Su viaje marítimo, hasta adentrarse en el Golfo de Venezuela, le permitió el reconocimiento de las distancias que separaban la capital de los asentamientos más alejados. En la goleta *Brigadier Phönix*, comandada por el capitán Sardy, se embarcó el viajero con su amigo Johann Wilhelm Karl Moritz (1797-1866), médico, botánico y zoólogo alemán, cuya contribución a los estudios sobre la naturaleza también son de singular importancia para las investigaciones de la región andina (Ávila-Nuñez y Barrios-Barrios 2021). Atracar en el puerto de la ciudad de Maracaibo, tras un largo recorrido bordeando las costas e ínsulas del Caribe, le dio una primera impresión de la (des)articulación real del país.

Cabe señalar que, dentro de la concepción imaginaria de lo andino en la época, la cordillera trascendía lo estrictamente geomorfológico y alcanzaba una visión

geocultural, más relacionada al paisaje de montaña y no exenta de percepciones equívocas. Así ocurrió con otro viajero, Karl Ferdinand Appun (1820-1872), naturalista y explorador alemán, quien, como lector de Humboldt, llegó a Venezuela a principios de 1849. A su llegada señaló: “vi de cerca la costa de La Guaira [...] las rocosas pendientes marrones y los orgullosos colosos de los Andes que los dominan” (Appun 1961, 17); incluso el paisaje era retratado con cierta maestría y al fondo se representaba esa cordillera imaginaria (Figura 2)¹.

Por otro lado, las falsas percepciones del autor y otros viajeros europeos los llevaban a pensar, casi automáticamente, que todas las montañas sudamericanas formaban parte de los Andes. Esto abrió un tema que fue revisado y corregido posteriormente con el avance de las lecturas científicas positivistas sobre la orografía venezolana en un proceso de desvelamiento de la geografía concreta. El trabajo de otro viajero alemán, Wilhelm Sievers (1860-1921), quien llegó a La Guaira en 1884 por encargo de la Sociedad Geográfica de Hamburgo, fue aclaratorio en este sentido, ya que se dedicó a un trabajo de reconocimiento más riguroso fundado en la observación directa y en estudios de suelos y relieves.



Figura 2. Vista de La Guaira desde el mar, 1842. Pintura de Ferdinand Bellermann.

Fuente: Kariakin (2021).

El viaje desde la provincia de Caracas hasta la de Maracaibo en 1844 permitió a Bellerman experimentar la

1 La Guaira tenía condiciones ambientales que le dotaban de un paisaje particular, al frente el mar Caribe; detrás, las elevaciones de la sierra de la costa, siempre verde y envuelta inclusive en neblinas, realizaban su majestuosidad paisajística.

dificultad de conexión entre las regiones, incluyendo los viajes de puerto a puerto rumbo a los Andes; una región lejana pero motivadora para artistas ansiosos de hallar nuevos paisajes. En este sentido, la contemporaneidad de lo escrito por Iribarren (1960) llama la atención acerca de la vinculación del mar, el lago y los caminos para acceder a la región andina por su parte septentrional:

El lago es el vehículo de comunicación entre todos los cantones de la provincia. De éstos el de Gibraltar parece tener los peores caminos, “prefiriéndose viajar por la laguna en cayucos, a pesar del oleaje que combate ordinariamente en aquella costa”. Causa de que las 726 cargas de azúcar, cueros y café bajadas de Mérida, en 1844, se redujesen a 52 en 1845. (Iribarren 1960, 106)

El segundo trayecto por tomar en cuenta en el viaje de Bellerman hacia los Andes fue el de Maracaibo-La Ceiba, desde su partida el jueves 24 de octubre de 1844 hasta su llegada al puerto de la costa del sur del lago. El 26 de octubre de 1844, Bellermann avistó el pueblo de La Ceiba, divisando además un conjunto de masas montañosas considerablemente altas. Estaba de cara a emprender el camino de las “tierras altas” de Venezuela, una exploración que incluía un escenario tropical novedoso para él, acostumbrado a imaginar el trópico como algo caliente, de tierras bajas y húmedas:

tuvimos una mañana despejada y vimos las montañas andinas de Mérida surgiendo triunfantes de entre las nubes. [...] En medio de la selva se asomaban algunas construcciones que pertenecen a La Ceiba; en el fondo se veían poderosas masas montañosas que trepaban a las nubes. (Bellermann 2007, 225)

El paisaje ofreció al pintor parajes colmados de distintas especies de plantas. No obstante, lo que Bellermann no dudará en calificar como “el lado oscuro de la selva” va a ser precisamente el camino, cuyas abruptas condiciones aminoraban significativamente el paso de los viajeros y las bestias de carga. En este punto, la vía cobraba una dimensión menos favorable que las recorridas en las otras provincias visitadas. Este camino comunicaba en sus primeros tramos a La Ceiba (provincia de Maracaibo) con Betijoque (provincia de Trujillo) y era, en palabras del viajero alemán: un “horrible pantano” (Figura 3), por lo que abrirse paso por esta ruta implicaba un esfuerzo tanto para los jinetes y arrieros como para los animales de carga y monta destinados para este tipo de marcha (Bellermann 2007).

Además del agotamiento físico y la inseguridad con la cual se cabalgaba, el riesgo de que un animal se malograra por el camino era inminente, por el que el tiempo invertido para realizar estas faenas era bastante largo e impreciso. En algunos tramos el camino llegaba a desaparecer y obligaba a delinear la ruta abriendo uno nuevo. En otros, los peligros de despeñarse exigían maestría por parte del viajero. Por tal razón, no es difícil conjeturar el tiempo que podía tardar una arria de mulas por un camino tan agreste. Muchas veces las mulas volvían consumidas y en un estado atroz, sin contar que muchas se desincorporaban de la faena por la ineficacia de su resistencia física ante las largas correrías, ya fuese porque morían o salían perjudicadas para volver a realizar sus labores de carga, lo que precisaba su reemplazo.

La faena de un camino podía hacer que muchas veces las personas resolvieran viajar solo con lo imprescindible, con provisiones limitadas o con la disposición de austeridad puesta en la senda. En estas zonas montañosas, los ríos y las quebradas abruptas por la topografía accidentada eran frecuentes y no se contaba con una secuencia de puentes para salvar los obstáculos de los territorios. Si bien los parajes presentaban paisajes inconmensurables a los ojos del observador foráneo, alcanzar esta contemplación ameritaba entregar a la naturaleza extenuantes horas de desplazamiento, lo que marcaba un juicio constante por parte de los viajeros acerca del estado de las vías, su nivel de deterioro y su temeraria exigencia. El paisaje estaba a disposición del pintor siempre y cuando superara con frenesí las zigzagueantes rutas de la montaña.



Figura 3. Ruta de La Ceiba a Betijoque. Cantón de Gibraltar-Cantón de Esuque.

Fuente: Codazzi (1841).

Nota: el delineado y la leyenda es propio y tienen un carácter ilustrativo.

A lo largo del camino de Betijoque hasta Sabana de Mendoza, el viajero divisó un conjunto de viviendas típicas y el camino se tornó más asequible, pero varias veces se vio obligado a atravesar cauces de río bordeando las altas riberas con fama de insalubridad. Ascendió el cerro de Betijoque por donde saltaban a la vista barrancos poco agradables y un marco solitario y desértico. En Betijoque logró establecer los primeros encuentros con la comunidad local y alcanzó a ver los cultivos de caña, café, cacao y algodón, propios de los valles intermontanos y piedemontes; rubros inventariados de manera oficial por el Estado en este cantón para su producción y exportación.

Como se ha podido advertir, a diferencia de los caminos en las zonas bajas, la topografía cerril de la montaña subyugaba el proceso de ascenso, el cual es relatado como aventura, como travesía viajera. El relieve que se ofrece al viajero se despliega sobre terrenos cuyos cambios eran escabrosos en distintos grados. Es decir, ante la magnitud de los Andes, el viajero afrontaba caminos difíciles, pedregosos y resbalosos, donde los caudales de agua impedían acelerar el paso. Además, el clima se hacía cada vez más severo en el ascenso, diferenciándose, según narra el propio Bellermann (2007), entre tormentas y lluvias constantes. No obstante, como ocurre hoy, los paisajes se mostraban sensibles en la medida en que se ejercitaba una práctica sobre el espacio, en razón de las perspectivas que dibujaba el observador ante las formas y las tonalidades naturales propias de la experiencia geográfica de los lugares (Tuan 2015).

El camino de Esuque, desde y para el lago de Maracaibo, formaba parte del circuito que utilizaba la población para el comercio, era ventajoso para la agricultura y la cría de ganado, ovejas, cabras, caballos y mulas. El ascenso de Bellermann desde Esuque (1.100 m.s.n.m.), provincia de Trujillo, hasta Chachopo (2.600 m.s.n.m.), provincia de Mérida, encerraba una valoración geográfica e histórica a la vez, así como social y cultural.

La vista de Esuque (Figura 4) engloba escenarios naturales y espacios geográficos modificados por la población, lo que evidencia un paisaje cultural andino que es capturado por la mirada artística del viajero. Esa parte de la superficie terrestre que capta la atención del viajante en un momento determinado da cuenta de una escena que enfatiza la arquitectura rural sin que la montaña pierda su protagonismo, minimizando la presencia humana. Se aprecia, así, un relieve montañoso con insinuaciones de las características del clima y la presencia de vida en la región.



Figura 4. Vista de Escuque y la montaña Pan de Azúcar.
Fuente: Bellermann (2007).

En la etapa del trayecto Escuque-Chachopo, el viajero percibió escenas sobre la realidad andina que aún hoy es palpable: variabilidad de climas en relación con la altura y con la vegetación, lo que nos situaría en la presencia de una observación empírica del descenso de la temperatura a medida que se asciende y de los modos de adaptación al medio que hacen no solo los habitantes humanos sino la vegetación que son dignos de admiración a los ojos del viajero.

En esta parte del camino el autor destacó el ritmo de avance de los animales de carga, los cuales estaban acondicionados a las circunstancias y tenían por ello, resistencia y cierta sumisión a ser conducidos para facilitar la travesía. A diferencia de las zonas submontanas, donde la exigencia a los animales era menor, en las zonas montañosas un arriero local podía ayudar a transportar con sus animales productos como café, paja, trigo y carbón a las comunidades vecinas, solo si contaba con buenas mulas (o asnos). Inclusive, los insumos, equipajes, utensilios y diversos artículos de reconocimiento utilizados en las expediciones científicas se transportaban para la fecha a estas zonas altas gracias a la fortaleza de estos animales.

Ascenso a la “parte alpina” de Venezuela: los caminos de montaña

Según las descripciones de Bellermann, el camino que lo llevaría a la ciudad serrana de Mérida, destino de la travesía, se hacía cada vez más difícil, incrementando la inversión de tiempo y energía física. La vía que pasaba por La Puerta seguía valle arriba hasta Portachuelo donde comenzaba el ascenso al “elevado Mucutí”. En comparación con la Silla de Caracas, el Mucutí parecía estar más elevado y muy arbolado. La elevación proporcionaba imponentes montañas, valles altos y mesetas agrestes cubiertas de una nubosidad confusa. Como escribirá Bellermann en

un texto que transporta al lector a la dificultad y majestuosidad de los caminos andinos:

el camino era muy fatigoso, necesitamos casi todo el día para esa travesía, cuando llegamos arriba tuvimos frente a nosotros una vista general: imponentes montañas, valles altos y mesetas surgían al mismo tiempo del caos de nubes, en lo profundo; a nuestros pies el rugiente Motatán, en la lejanía Timotes, en el valle alto detrás de él el temido páramo de Mucuchíes, cuyas cumbres desaparecían en las nubes, frente a nosotros en una altiplanicie se encontraba, apacible, La Mesa, con sus techos rojos. De ahí en adelante la fisonomía del paisaje cambia definitivamente. La formación de las montañas de los Andes se asoma por encima de todos los valles profundamente enclavados con sus torrentes salvajes; sobre los valles están las mesetas de las laderas, que con sus largas planicies contrastan notablemente con el carácter escarpado de las montañas. (Bellermann 2007, 231-232)

Así, tras un largo ascenso, el pintor llegó finalmente al valle del Motatán, donde se veían varias casas con techos de tejas, conucos, plantaciones de plátano y caña de azúcar. Igualmente, encontró otra *pulpería* donde había alimentos, forraje y lugar para pernoctar. Luego, al cabo de tres leguas de camino, el pintor alemán alcanzó el pueblo de Timotes, ubicado en un valle a una altura aproximada a los 2.000 m.s.n.m., perteneciente al cantón de Mucuchíes (Figura 5).

En este sitio, el modo de vida local se hacía más evidente. Por ser el día de Todos los Santos, las personas andaban acicaladas, cosa que no era de extrañar en un ambiente eminentemente católico como el andino. En consecuencia, el camino iba mostrando recurrentemente imágenes de una realidad sociocultural propia, llena de colores, sonidos, texturas, sabores y olores que enmarcaban un cuadro histórico y social *sui generis* de las parroquias de Mucuchíes (Chachopo, Timotes, Pueblo Llano, La(s) Piedra(s), Santo Domingo, Mucuchíes y Mucurubá) (Figura 5).

Más adelante se topó con Chachopo, un pueblo ubicado al pie del páramo merideño y por el cual comenzó su recorrido más empinado. A partir de este punto todos los alrededores resultaron grandiosos e imponentes a los ojos del viajero. A medida que avanzaba, el pintor divisaba la vegetación de páramo y un ambiente frío de sorprendente belleza natural. Además, detectó rasgos distintivos de la cultura andina y el semblante de los habitantes: “la fisonomía de la gente muestra una llamativa mezcla india; se ven pocos mulatos y negros prácticamente ninguno.

Las personas tienen una apariencia fresca con mejillas coloradas; la mayoría de las jóvenes son bonitas, pero se ven todas iguales” (Bellermann 2007, 232).

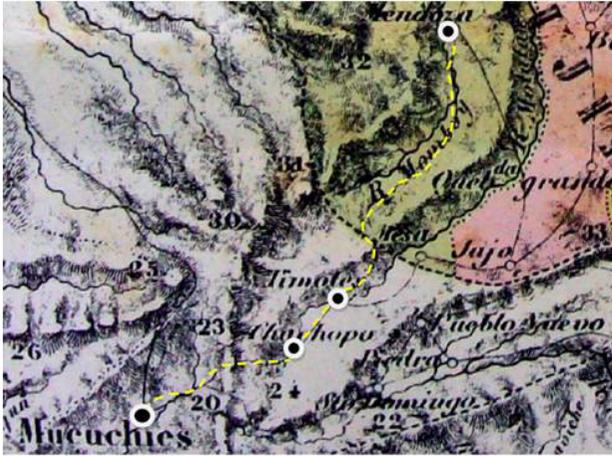


Figura 5. Recorrido de Bellermann, de Mendoza (provincia de Trujillo) a Mucuchíes (provincia de Mérida).

Fuente: Codazzi (1841).

Nota: el delineado es propio y tiene un carácter ilustrativo.

Entre las descripciones resaltaban la construcción y estilo de los puentes, con un carácter espacial religioso popular, cuya expresión visible era la presencia de cruces a lo largo del camino; muestra de piedad y respeto a la memoria de los fallecidos en las travesías. En este cuadro de la cultura popular destacó también la presencia de las cestas o sacos colgados a lo largo del camino principal con provisiones para aquellos viajeros que se quedaban sin alimentos; prácticas sociales de solidaridad comunitaria que enriquecían su apreciación sobre el carácter y las costumbres de los andinos:

seguimos nuestro viaje, siempre subiendo el Motatán hasta Chachopo, un pueblo pequeño al pie del páramo, que tiene una mísera iglesia; tuvimos que quedarnos para salir al día siguiente bien temprano para cruzar el páramo. Aparte de los puentes me llamaron la atención las muchas cruces que hay en el camino desde el Motatán, y también que en varios sitios del camino (generalmente en el tronco de algún árbol) hay colgadas cestas o sacos, algunos con alimentos (pan, plátanos, casabe), otros vacíos, para los viajeros a los que se les acaban las provisiones; como en la región es difícil encontrar víveres, esta muestra de piedad es muy loable. (Bellermann 2007, 232)

Del mismo modo, dio cuenta de las prácticas cotidianas, atuendos y materiales utilizados en la confección de vestimenta apropiada para estas condiciones de vida

dominadas por el clima frío. El viajero registra el uso de cobijas pequeñas, por lo que muchos hombres iban en la mayor parte del tiempo envueltos en “cobijas” (ruanas) y llevaban sombreros de varios colores guarnecidos de telas enceradas.

La situación de los caminos de herradura en la región andina venezolana entre Chachopo y Mérida era igualmente abrupta, de hecho, en ninguna otra parte del recorrido el pintor logró apreciar esta dificultad de manera tan concreta. La ruta de acceso a la provincia de Mérida por Trujillo fue dejando claro lo que significaba vivir en estas latitudes cuyas montañas ofrecían obstáculos que se correlacionaban con la topografía y con el paisaje que generaba emociones en el viajero.

La montaña como eje de representación de lo andino: collados agrestes y paisajes nevados en Mérida

El tramo entre Chachopo y Mucuchíes comenzó el día 2 de noviembre de 1844. La expedición se puso en marcha precedida por la reputación del páramo, escenario natural que presidía la jornada y que revelaba el aspecto agreste de las montañas amenazantes y sobrecogedoras a la vez. El paso del páramo de Mucuchíes le exigió mayor dedicación, representaba la marcha por un camino ascendente y desconocido para él, un espectáculo natural de alturas pasmosas. Al mismo tiempo divisó la existencia de cultivos de trigo sobre mesetas iluminadas por un sol tropical, aspectos de un territorio distinto a los contemplados anteriormente.

El contraste no respondía estrictamente a la lejanía o a las estaciones climáticas como en las zonas templadas, sino a la altura de las montañas andinas del trópico. Las cumbres rocosas “grotescamente altas cubiertas de nieve” consumaban un panorama que, aunado a un viento cortante y un camino propio para aventureros, completaban un cuadro de situaciones distintas a las del comienzo de la travesía una semana atrás. Según el pintor:

a las 4 de la Madrugada nos pusimos en marcha para cruzar el temible Páramo. La región después de Chachopo tenía un aspecto agreste pero hermoso en el albor de la mañana. El torrente era más indómito que antes y seguía siempre montaña arriba. La vegetación alpina nos rodeaba en toda su gloria y la montaña tenía un aspecto pelado. En las mesas vimos cultivos de grano y en los valles se mostraban todavía muy arriba fincas aisladas; más abajo pastaba ganado vacuno y algunos caballos. El paisaje bajo nosotros tenía algo muy simple, pero indescriptiblemente atractivo

a la luz de la mañana; predominaba un tono matizado que me hacía pensar todo el tiempo en los antiguos maestros [de pintura]. (Bellermann 2007, 233)

De igual manera, el autor se apoya en sus referentes europeos para explicar la particularidad de un clima que cambia radicalmente a su paso. Para él, aquel cuadro de paisajes montañosos parecía retar la geografía europea y su mirada convencional, la vegetación representaba una explosión de colores donde el frailejón (*Espeletia*) ocupaba un sitio en la geografía de unos Andes imponentes. La comparación será un recurso constante en la identificación del espacio:

[...] el panorama frente a nosotros formaba el mayor contraste posible: la cumbre del páramo con su lobreguez parecía corresponder mucho más a Noruega que a la cálida Sudamérica. Torrentes temibles e impetuosos cortaban el camino. [...] Mientras más alto subíamos tanto más era el frailejón la única planta; al principio también adornaban la montaña pelada algunos *Lupinus* de flores azules. (Bellermann 2007, 234)

Una visión que ayuda a entender la dimensión del viaje es la que sitúa a Bellermann en su pasó del clima cálido de La Ceiba al de páramo, donde el frío se asentaba hasta mellar la salud de los caminantes, siendo en ocasiones causa de muerte. Los testimonios evidencian que tanto los visitantes como los residentes debían apertrecharse a la hora de cruzarlo, ya que indistintamente podían sufrir de “mal de páramo” (o hipotensión) y otras enfermedades asociadas con el frío. Al decir del pintor, la experiencia corporal revela el drama de la afectación paramera: “a medida que subíamos hacia más y más frío, el aire era tenue y penetrante, las 2 cobijas ya no nos protegían y el viento se sentía tan frío como si no tuviéramos nada encima” (Bellermann 2007, 234).

Incluso los propios arrieros llegaban a sufrir desmayos en el camino, lo cual daba pie para pensar en las cruces del camino como un recordatorio a los caídos, pareciendo alertar sobre el peligro al cual se sometían quienes intentaban cruzar aquellos parajes de altura:

aun antes de llegar a la cima nuestro arriero se desmayó, y apenas se había reanimado cuando su pequeño de 12 años quedó tendido en el camino sin poder seguir adelante, yo me desmonté y dejé que el muchacho se montara en mi animal, también le di una de mis cobijas para que no se entumeciera de frío, y por lo tanto pasé la cima del páramo a pie, y muy contento de estar del otro lado caminé todavía legua y media montaña abajo.

Del otro lado nos recibió un viento cortante, y a pesar de todo el movimiento uno se congelaba. En las montañas nevadas de Noruega no me helé tanto como aquí en el páramo. El camino estaba muy bien mantenido y era menos escarpado de lo que habíamos esperado, casi por todas partes nos encontramos animales paciendo, incluso varios en la cumbre, pero se veían extraño, tanto los caballos como las vacas estaban cubiertos de pelos largos. (Bellermann 2007, 234)

Los caminos evidenciaban en cada tramo el drama del ascenso (Figura 6). Constantemente se hallaban restos de animales, cruces adornadas y evidencias de que alguien había pernoctado cerca. De esto se deduce que cada paso significaba un encuentro con formas culturales propias de los habitantes de la región, desde el uso de animales de carga para sus labores cotidianas y el empleo del frailejón en los refugios improvisados, hasta la utilización de símbolos que indicaban el sitio de defunción de una persona; aspectos propios de la cotidianidad y de las creencias de una población poseedora de un profundo arraigo.

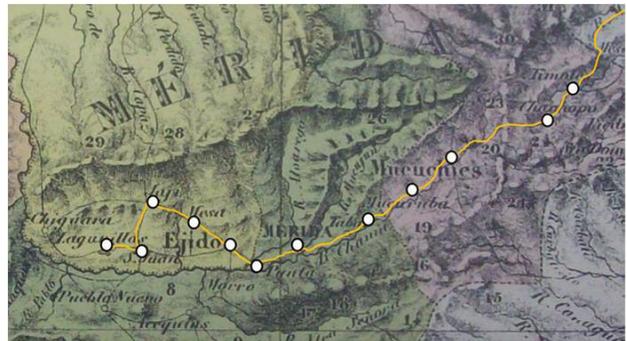


Figura 6. Camino principal de Timotes a Mérida.

Fuente: Codazzi (1841).

Nota: el delineado es nuestro y tiene un carácter ilustrativo.

Frecuentemente había huesos de animales en el camino, también cruces viejas y nuevas que indicaban dónde había perecido alguna persona. Muchas de esas cruces estaban adornadas con flores del páramo, un signo de que los parientes del fallecido todavía vivían y lo recordaban; además se veían “lechos de hojas de frailejón donde había acampado algún viajero sorprendido por el mal tiempo” (Bellermann 2007, 234).

Lo percibido en Mucuchíes permite considerar, entre otras cosas, cómo los cultivos y los caminos tenían una estrecha relación. Los campos de trigo, alineados uno junto a otro como en Europa, se veían mancomunados con las vías de comunicación. La montaña, aunque desierta en sus partes más altas y, en algunos tramos, sin

vegetación alta o desnuda dada su condición de páramo, poseía para el viajante una impresión más sombría y sensible que luminosa; una valoración propia del horror sublime de los románticos que marcaba la imagen geográfica de los lugares y de la percepción del color y atmósfera del paisaje montañoso.

La soledad en algunas partes del trayecto contrastaba con la actividad productiva en otros trechos del camino, signos humanos de una labor que envolvía una herencia colonial asentada en regiones apartadas pero favorecidas por las condiciones climáticas. Este paisaje se conservaba hasta Mucurubá siguiendo siempre el curso descendente del impetuoso río Chama que organizaba la cuenca hidrográfica de esa parte de la región (Bellermann 2007). Las montañas se elevaban solemnes ante los ojos del pintor, aunque con espanto, con manifestaciones sombrías y agrestes; hasta una iglesia destruida en la zona encajaba perfectamente con la lúgubre atmósfera de la lejanía andina y sus peligros. En las profundidades de la montaña se precipitaban corrientes de agua que buscaban el Chama, envistiendo puentes temerarios que retaban el paso de los indómitos caudales que iba atravesando y describiendo el viajero.

Así, el viaje ensanchaba la mirada de los confines venezolanos, dando una interpretación geográfica y cultural que no está exenta de exageraciones y prejuicios por parte del viajero sobre la relación entre las personas y su entorno. Este ensanchamiento de la mirada viajera y, con ello, de la geografía de lo imaginario, es uno de los aportes más importantes de la obra del viajero alemán.

Desde Tabay el camino permitía avanzar hacia el objetivo final: Mérida. Por tanto, el valle del Chama orientaba a las cabalgaduras que subían a la meseta de la capital merideña y donde una puerta y un monumento configuraban la entrada de una ciudad anclada en las montañas. Resaltará el pintor a su llegada el 3 de noviembre de 1844 su abandono a la contemplación del valle del Chama para subir cabalgando un valle lateral, el cual, después de pasar dos puentes, le permitió llegar a la “alta Mesa de Mérida”. La primera impresión fue una puerta enrejada que hacía un contraste singular con el monumento a Bolívar. Este se erigía a la entrada de la ciudad, una columna que aún se puede observar rememorando que fue en los Andes merideños donde se le otorgó el título de Libertador y se elevó un primer monumento conmemorativo; lugar que se transformó en un geosímbolo de la ciudad y del país.

En cuanto a la etapa de estadía en Mérida es necesario señalar que esta fue más que interesante para el pintor, resaltando de ella su potencial como centro

logístico para las expediciones a la Sierra Nevada, Jají y Lagunillas. Además, por ser temporada decembrina el pintor logró documentar aspectos culturales de los merideños en la navidad de 1844. También advirtió el riesgo de los caminos de montaña que circundaban la ciudad serrana, así como las plagas y enfermedades endémicas de la región.

El viajero fue elaborando cuadros de paisaje al modo humboltiano y ofreciendo percepciones del espacio físico y cultural, logró establecer una valoración estética de la serranía, así como de la imponente altitud de los picos de la cordillera. Apreció las celebraciones religiosas y las festividades locales de principios de año (1845), describió en su diario los caminos cercanos a la ciudad (incluyendo sus puentes), pasajes agrupados en su diario respecto a la geografía merideña. Igualmente, dibujó en su trabajo en grafito a los pobladores con sus características fenotípicas, incluyendo la cotidianidad de la ciudad (Figura 7).

Las páginas, según se puede interpretar, revelan la sensibilidad de un artista que se despierta ante la nueva realidad geográfica de las localidades visitadas. Cada dibujo y pintura sobre Mérida y cada párrafo de su diario muestra, 180 años después, un fragmento de la historia ambiental andina venezolana hoy caracterizada por el retroceso de los glaciares:

cuando me desperté a la mañana siguiente y salí al patio, vi los cinco glaciares de la imponente sierra Nevada resplandeciendo nítidos y despejados en el sol de la mañana; a la vista de esas blancas masas nevadas me invadió un poco de nostalgia de la patria, pero desapareció con el temor del frío invierno de Europa. (Bellermann 2007, 237)

Mérida se encontraba en una meseta rodeada de ríos. Estaba construida regularmente en una planta clásica de cuadrícula, aunque de forma rectangular por el condicionamiento de las dos cordilleras que la flanquean. Además, la dominaba la presencia de iglesias y capillas con una catedral en proceso de construcción, una plaza de mercado y una pila para suministro de agua. Tenía una sede para el gobernador y un colegio, así como una serie de nombres pomposos, aunque todo era pequeño y modesto.

Las casas y edificaciones las describe llamativamente pequeñas, en todas las calles crecía una especie de hierba sobre el empedrado típico de los emplazamientos de origen hispano; en ellas paseaban animales y se asomaban “los plátanos” que desbordaban los muros de las casas. Sus descripciones permiten admirar cómo a sus ojos se

abrían los “grandiosos alrededores” que proporcionaban “vistas bellas hacia todos lados”, incluyendo palmas co-rozo con las montañas nevadas de fondo (Bellermann 2007, 239) (Figura 8).



Figura 7. Hombre montado en burro, estudio de figuras.
Fuente: Bellermann (2007).



Figura 8. Paisaje con el altiplano de Mérida.
Fuente: Sánchez (2021).

En un viaje corto, rumbo a Lagunillas, apreció otro ángulo de la sierra nevada, así como de la ciudad de Mérida, acercándose al pueblo de San Juan rodeado de haciendas. Asimismo, destaca la emblemática laguna de Urao. Un paisaje de cañón semidesértico dominado estructuralmente por una depresión notoria se mostraba muy diferente a lo observado en las montañas y páramos visitados, un trayecto de descenso relativamente corto con respecto al punto de referencia de la ciudad de Mérida (Figura 9).

La conexión entre el artista y el motivo paisajista de sus obras, así como las particularidades del viaje de ida y vuelta, muestran el valor de los caminos y su importancia

relativa en los viajes concebidos como travesías, desplazamientos y desconexión con lo habitual. De ahí sus palabras cuando debe dejar la ciudad: “Cuando abandonamos la Mesa de Mérida, los picos blancos de la sierra Nevada se habían cubierto con siete velos tristes porque sus sinceros amigos y admiradores se estaban apartando de ellos” (Bellermann 2007, 269).



Figura 9. Puente sobre el río Chama cerca de Lagunillas.
Fuente: Bellermann (2007).

Los Andes, como expresión de lo bello, de paisaje para descansar la mirada, se abrieron ante él como una marca cultural de la región, una cuestión que muchos testigos parecen reconocer aun en la actualidad. Imagen geográfica elaborada por él, a la vez que reproducción de la relación estética con la montaña, lo que le permitió establecer la diferencia entre los Andes respecto a otras regiones del país.

Conclusiones

A pesar de su magnificencia, los Andes venezolanos aun demandan su lugar dentro de la bibliografía convencional de las geografías generales. Si bien destaca el esfuerzo de autores como Pedro Cunill Grau, de obligatoria consulta, aún quedan muchas aristas en las que se debe profundizar.

Por ende, examinar las imágenes geográficas que ofrecen los viajeros ayuda a observar cómo se fueron gestando los imaginarios que dieron forma al paisaje andino y cómo los caminos fueron parte condicionante de una práctica viajera que permitió ir observando y mostrando su función, convirtiendo el paisaje en cuadros, en movimiento en el espacio y no en meras rutas desprovistas de percepciones y valoraciones. Las descripciones y representaciones del espacio andino realizadas por Bellermann muestran el valor material y cultural de los Andes y sus propias dinámicas geográficas. La vista de la cordillera desde la ciudad de Mérida es una muestra de cómo el paisaje de montaña fue conquistando su interés hasta abarcar su sentido del horizonte (Figura 10). La experiencia de ver cordilleras nevadas en el trópico reafirmó en el pintor la necesidad de registrar y testimoniar lo visto, entrelazando paisajes naturales y paisajes culturales en torno a una experiencia vivencial sensible.

El contexto espacio-temporal de Venezuela, reconocido por este pintor entre 1842 y 1845, revela la importancia de conocer la realidad del escenario nacional en un momento definitorio del proyecto republicano venezolano, por medio del cual se intentaba una apropiación del territorio partiendo de un conocimiento actualizado. Analizar las evidencias sobre la diversidad, belleza y esplendor del paisaje natural y cultural de los Andes —especialmente las referidas a la realidad de las provincias de Mérida y Trujillo— hace que el viaje realizado por el referido autor revalore la dimensión y presencia de los caminos de recuas y su importancia en el marco de la cultura andina. Los testimonios y correlatos pictóricos en diálogo con la cartografía y las valoraciones geográficas de Agustín Codazzi permiten resignificar, a través de sus indicios, el rol performativo de las narraciones e imágenes de una geografía serena, apacible, ambivalente entre el horror sublime de la contemplación de las montañas y la apertura estética, bajo la que se desvela otra geografía que debía ser conocida y representada.

Los testimonios visuales del pintor —de los cuales solo se han incluido algunos ejemplos— representan una parte integrante de la región andina venezolana a mediados del siglo XIX, dominada por la presencia de montañas imponentes en sus relieves escarpados, desafiando la mirada. La representación pictórica hace referencia a una formación geográfica peculiar donde el paisaje ocupa el punto de partida para la comprensión de lo que está distante de los centros de conocimiento, lo que demanda una atención más perspicaz y más profunda por parte de los investigadores sobre una geografía en formación que

admite una lectura del territorio con formas particulares de apropiación. Como señala Cuevas (2017), al valorar registros que usualmente solo son vistos como proveedores de datos, “el papel de la imaginación geográfica en la construcción de la idea de territorio y de paisaje permite revisar, desde otro ángulo, un más acá de las relaciones históricas y geográficas de la mirada que se abre sobre la geografía americana” (Cuevas 2017, 61).

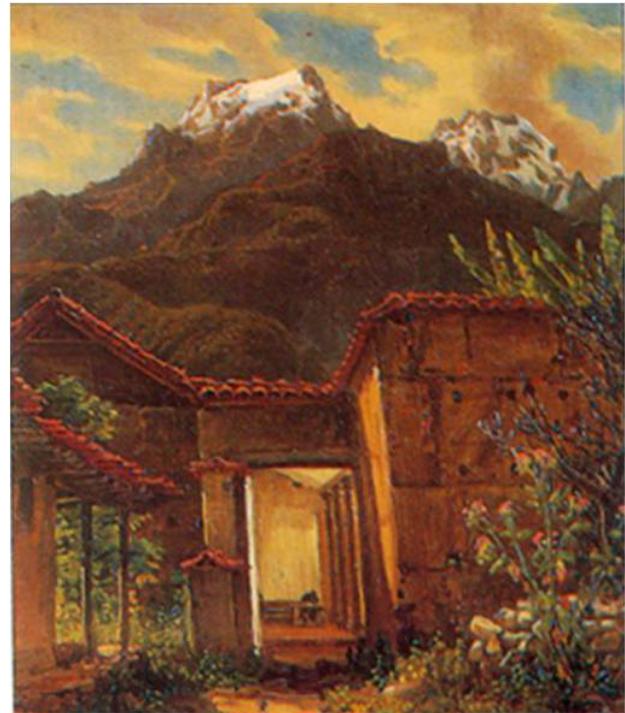


Figura 10. Vista de la casa del artista en Mérida. 1844-1845. Fuente: Bellermann (1991).

Por lo tanto, los desplazamientos y testimonios de viaje de Bellermann aprueban una aproximación al territorio venezolano en términos artísticos y geográficos, incluyendo una valoración que se asienta en la geografía cultural (Claval 1999); además, sirven de referentes para el reconocimiento de la exuberancia de un paisaje andino dominado por la evocación a la montaña. Es decir, es una región que entró en contraste con el resto del país en el marco de las obras geografías decimonónicas, como las de Codazzi, las que se complementan por medio de estrategias narrativas, descriptivas y pictóricas. En este punto, las geografías del viaje se bifurcan y se muestran como correlatos de una visión de los Andes venezolanos, entendidos como la parte septentrional de una cordillera que se eleva figurando, entre otras alegorías, a un cuerpo cuya “espin dorsal” define la orografía suramericana, lo que cautiva la mirada geográfica.

Referencias

- Appun, Karl F. 1961. *En los trópicos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Arcila Farías, Eduardo. 1974. *Centenario del Ministerio de Obras Públicas. 1847-1974*. Caracas: Ministerio de Obras Públicas (MOP).
- Ávila-Nuñez, Jorge L. y Johnny V. Barrios-Barrios. 2021. "Exploradores alemanes en los Andes Venezolanos: Karl Moritz y Ferdinand Bellermann en Mérida (1844-1845)". *Revista Llull* 44 (89): 71-98.
- Barrios-Barrios, Johnny V. 2015. "Importancia de la obra de Ferdinand K. Bellermann (1814-1889) para los estudios histórico-culturales de los Andes Venezolanos". *Procesos Históricos. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, no. 28 (julio-diciembre): 154-169.
- Barrios-Barrios, Johnny V. 2017. "Nuestras ciudades en la mirada de los pintores viajeros". *El Desafío de la Historia* 10 (58): 56-61.
- Bellermann, Ferdinand. 1991. *Memorias del paisaje, 1842-1845*. Caracas: Embajada de la República Federal de Alemania en Venezuela.
- Bellermann, Ferdinand. 2007. *Diarios venezolanos 1842-1845*. Caracas: Galería de Arte Nacional.
- Bonnemaison, Joël. 2000. *La géographie culturelle. Cours de l'université Paris IV-Sorbonne 1994-1997*. Ministère de l'Éducation nationale. https://horizon.documentation.ird.fr/exl-doc/pleins_textes/divers16-08/010027492.pdf
- Burke, Peter. 2001. *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica.
- Cardozo, Germán. 1992. "El circuito agroexportador marabino a mediados del siglo XIX". *Boletín americanista*, no. 42-43, 367-393.
- Claval, Paul. 1999. "Los fundamentos actuales de la geografía cultural". *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, no. 34, 25-40.
- Codazzi, Agustín. 1840. *Atlas físico y político de la República de Venezuela*. París: Lith. De Thierry Freres, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/atlas-fisico-y-politico-de-la-republica-de-venezuela--o/>
- Codazzi, Agustín. 1841. *Resumen de la geografía de Venezuela*. París: Imprenta de H. Fournier y Comp.
- Codazzi, Agustín. 1960. *Obras escogidas*. Caracas: Biblioteca Venezolana de Cultura.
- Cuevas, Luis. 2017. "El giro de la mirada. La imaginación geográfica en Andrés Bello o del arte de volver los ojos hacia el paisaje americano". *Revista Derecho y Reforma Agraria Ambiente y Sociedad*, no. 43, 61-77.
- Cuevas, Luis. 2009. "La construcción del paisaje en Venezuela. La modernidad europea en los trópicos: Karl Ferdinand Appun y Friedrich Gerstaecker (Siglo XIX)". En *Los paisajes de la modernidad en Venezuela*, editado por Aura Guerrero, 123-144. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Cunill Grau, Pedro. 2014. "Desafíos de la geografía histórica en la integración de los Andes y las zonas áridas". *Diálogo Andino*, no. 44, 105-122.
- Cunill Grau, Pedro. 2007. *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela*. Caracas: Fundación Empresas Polar. Tomos I-II.
- Cunill Grau, Pedro. 1978. *La américa andina*. Barcelona: España: Editorial Ariel.
- Fundación Polar. 1998. *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar.
- Galería de Arte Nacional. 1991. *Ferdinand Bellermann en Venezuela: Memoria del paisaje 1842-1845*. Caracas: GAN.
- Goering, Christian A. 1962. *Venezuela, el más bello país tropical*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Guerrero, Aura. 2009. *Los paisajes de la modernidad en Venezuela*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Humboldt, Alejandro De. 1942. *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. Caracas: Biblioteca Venezolana de Cultura.
- Iribarren, Guillermo. 1960. *Pensamiento sobre caminos*. Caracas: Imprenta Nacional.
- Kariakin, Kira. 2021. "Ferdinand Bellermann. Vista de la Guaira desde el mar, 1842". *Estilo/Online*.
- Löschner, Renate. 1977. *Bellermann y el paisaje venezolano, 1842-1845*. Caracas: Asociación Cultural Humboldt-Fundación Neumann.
- Martínez de Pisón, Eduardo. 2018. "El significado cultural de las montañas". *Enseñanza de las Ciencias de la Tierra* 26 (1): 85-91.
- Sánchez, Benjamin. 2021. "Ferdinand Bellermann paisajista alemán pinta a Venezuela". Consultado el 30 de enero de 2024. <https://acortar.link/KLEHqP>
- Pino I., Elías y Pedro Calzadilla. 1992. *La mirada del otro: viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX*. Caracas: Fundación Bigott.
- Rodríguez, José Ángel. 1999. "Viajeros alemanes a Venezuela en el siglo XIX". *Akademos*, no. 2, 89-101.
- Rodríguez, José Ángel. 2000. *Venezuela en la mirada alemana: paisajes reales e imaginarios en Louis Glöckler, Carl Geldner y Elisabeth Gross, 1850-1896*. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Facultad de Humanidades y Educación, UCV.
- Texera A., Yolanda. 1994. "Testigos de la historia: viajeros y naturalistas en Venezuela durante el siglo XIX". *Tierra Firme* 45 (12): 7-18.
- Tuan, Yi Fu. 2015. *Geografía romántica. En busca del paisaje sublime*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Venegas F., Pascual. 1973. *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Vila, Pablo. 1991. *Visiones geohistóricas de Venezuela*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.

Johnny Valdemir Barrios Barrios

Licenciado en Historia, magíster en Estudios Sociales y Culturales de los Andes, doctor en Ciencias Humanas, Universidad de Los Andes (ULA) Mérida-Venezuela. Profesor de la Escuela de Historia de la ULA. Profesor de la asignatura optativa: *Viajeros del siglo XIX en Venezuela*. Profesor-tutor de posgrado. Integrante del Centro de Investigaciones Etnológicas (CIET-ULA), investigador del Grupo de Investigación de Historia de las Regiones Americanas (GIHRA). Colaborador del Grupo de Investigación Sociohistórica de la Región Andina (GISARA). Línea de investigación: historia cultural.